

La literatura en los tiempos del Google

"El libro impreso, encuadernado y pagado era m3s riguroso y exigente con su creador y con el consumidor"

Se quejaba el prestigioso escritor norteamericano John Updike de la amenaza al autor que supone el proyecto del buscador de internet Google de digitalizar millones de libros y ponerlos a libre disposici3n de cualquiera en la red. Updike criticaba la equiparaci3n de la literatura a la m3sica que sostiene uno de los entusiastas de esta especie de biblioteca universal de Google, Kevin Nelly, quien afirmaba en The New York Times Magazine: "Una vez digitalizados, los libros pueden desenmarañarse en una sola p3gina, o reducirse todav3a m3s, en fragmentos de una p3gina. Estos fragmentos se mezclar3n de nuevo en libros reordenados y estanter3as virtuales. Al igual que los oyentes ahora hacen malabarismos y reordenan canciones para concebir nuevos 3lbumes (o selecciones, como se denominan en iTunes), la biblioteca universal alentará la creaci3n de estanter3as virtuales, una colecci3n de textos, algunos de tan s3lo un p3rrafo, y otros con la extensi3n de un libro entero, que formar3n una estanter3a de biblioteca con informaci3n especializada. Y, como ocurre con las selecciones musicales, una vez creadas estas estanter3as se editar3n e intercambiar3n en espacios p3blicos comunes."

A Updike le produce desasosiego la desaparici3n del autor en este torbellino de mezclas a la carta de los lectores. Seg3n el novelista, "el libro impreso, encuadernado y pagado era -y de momento sigue siendo- m3s riguroso y exigente con su creador y con el consumidor. Es un lugar de encuentro, en silencio, entre dos mentes, en el que una sigue los pasos de la otra, pero es invitada a imaginar, a discutir, a coincidir en un nivel de reflexi3n que va m3s all3 del encuentro personal".

Por su parte, F3lix de Az3a señalaba en un reciente art3culo: "Cuando en 1850 el prestigio del libro alcance su cima, comenzarán los planes para la educaci3n obligatoria y gratuita. Ésta ser3 la verdadera revoluci3n: en 1870 vive en Europa la primera generaci3n casi totalmente alfabetizada. A partir de entonces, el libro es la pieza maestra de las sociedades occidentales. La alfabetizaci3n generalizada impulsa la lectura masiva. Las bibliotecas municipales de Par3s prestaron 363.322 libros en 1881. Mil pr3stamos al d3a en una ciudad que apenas superaba el mill3n de habitantes es una cifra vertiginosa, supone una idolatr3a del libro. La lectura es escala para el ascenso social y para el refinamiento moral." Esa masificaci3n de la lectura que se impone hacia finales del siglo XIX trae consigo el auge de la industria editorial.

Sin embargo, la lectura del libro literario decae fuertemente desde mediados del siglo XX, con el advenimiento de la sociedad de consumo de masas. Las masas consumen febrilmente otros productos con los que nutrir su imaginaci3n. Y, parad3jicamente, cuando el analfabetismo desaparece de

las sociedades avanzadas industrialmente decrece el número de lectores, vamos a llamarlos, literarios. Es cierto que, como recoge el mismo Azúa, la industria editorial goza de una considerable prosperidad. Pero esos productos de venta masiva no pueden llamarse propiamente literatura. Obras como ' La catedral del mar ' tienen poco que ver con la creación literaria y mucho, incluso en su gestación, con el trabajo de los expertos en mercadotecnia. Como señalaba otro gran novelista norteamericano, Philip Roth: "Gente joven que lea seriamente ficción -o poesía, añadiría por mi parte?-, y que luego piense, casi no existe. A muchos les encantaría, lo sé, pero no tienen tiempo. La mayor parte es seducida por la pantalla más que por la hoja impresa, o tienen otras cosas que hacer que les divierten más." Puestas las cosas así, creo que yerra Updike cuando dice que el proyecto de Google amenaza la existencia del autor. La amenaza -que no proviene del buscador-, afecta a la existencia de la literatura. La escasez de lectores dispuestos a abordar con seriedad el relato literario, señalada por Roth, dibuja un panorama sombrío. En otras manifestaciones artísticas exigentes con el amante de las mismas no se da esa dependencia del gran público que tiene la literatura. Para disfrutar, por ejemplo, de la pintura actual también es necesario haber dedicado mucho tiempo, concentración y esfuerzo para llegar a penetrar en sus propuestas alejadas del simple goce estético sensorial. Sin embargo, basta que haya unas pocas personas que posean el bagaje necesario para disfrutarla y algunas instituciones o particulares adinerados para adquirirla. Dicho en otros términos, el arte actual, elitista por su propia naturaleza, en algunos casos puede ser mantenido vivo por las elites. Pero no es el caso de la literatura. El libro precisa de la compra masiva. Y hoy las masas encuentran en las imágenes, más fácilmente digeribles que los textos complejos, la dosis de ficción que todo hombre necesita. Ni las industrias editoriales buscarán la literatura como negocio, ni los jóvenes con talento narrativo intentarán plasmarlo con palabras. En una reciente encuesta hecha en España, la profesión de escritor era de las peor valoradas socialmente. En la, no vamos a llamar muerte, sino depauperación de la literatura la existencia de internet es irrelevante. Si acaso, supone una mayor accesibilidad a la literatura para los pocos que van quedando que la valoran.